

todo el mundo que así como no hay un hijo que se te parezca, tampoco hay una madre semejante á aquella á quien has honrado tanto (1).

UNDÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XII.

QUE HA SIDO Y ES AUN RECONOCIDA Y LLAMADA BIENAVENTURADA POR TODAS LAS GENERACIONES DE LA TIERRA.

De la misma manera que vemos salir del sol, padre del día, un rayo que va derechamente hasta encontrar un cuerpo sólido y oscuro que le detenga, y luego como retrocediendo difunde á su rededor la claridad; así sabemos que del rostro luminoso de Dios emana un rayo de gloria, que dando en derecha en lo mas íntimo del alma de los bienaventurados ilustra sus entendimientos, conforta y regocija sus voluntades y produce en sus cuerpos unas calidades maravillosas que llamamos dotes gloriosas: de allí se extiende al rededor llenando aun fuera de fama y de honor á aquellos á quienes Dios ha intentado glorificar, haciendo su nombre ilustre en la tierra como su mérito es conocido en el cielo. Este es el resul-

(1) Véase la adición de la que va puesta en la nota B al madre Maria Jacoba de Blemur fin del tomo.

tado del combate de los santos con Dios, porque como el secreto de ellos fué ocultarse y anonadarse en este mundo por amor suyo, él por su parte pone en juego admirables resortes para honrarlos y engrandecerlos en la tierra y en el cielo. Así prometió nuestro Señor á Magdalena despues que esta puso á sus pies su honra y su fama, que se hablaria de ella en todo el ámbito del mundo: así dió palabra á S. Antonio luego que se hubo retirado al desierto, donde no veia mas que las fieras y los demonios, de que le haria famoso en toda la tierra. La misma promesa hizo á la mayor parte de los santos, y fué sin comparacion mas fiel en cumplir su palabra que liberal en empeñarla. Esta es la máxima de estado que mandó publicar en los tiempos antiguos por el profeta que envió al sumo sacerdote Heli, diciendo que cualquiera que diere gloria al Señor, será glorificado, y los que le desprecien, serán viles (1). Esto se ve certisimamente en la madre de Dios, que habiéndose abatido por su amor mas que todas las criaturas fué primeramente ensalzada en el cielo, como acabamos de ver, y además recibió tanta honra en la tierra, que casi parece no haber tenido Dios otro pensamiento que buscar los medios de honrarla. No es esta una de las menores excelencias de la madre de Dios; por lo que veo que para presentarla como es debido necesito el favor del uno y de la otra, es decir, del que se complació en hacerla gloriosa y de la que mereció este honor.

§. 1.—Que la madre de Dios, segun profetizó ella misma, fué llamada bienaventurada por todas las generaciones.

I. El santo Job (2) y el profeta David (3) dicen unánimes que una vez habla Dios y no repite segunda vez la

(1) I Reg., II, 30.

(2) Job XXXIII, 14.

(3) Salmo LXI, 42.

misma cosa, como que su palabra es omnipotente y hace todo lo que significa. ¿Por qué no me será lícito decir lo mismo proporcionalmente de la madre de Dios, supuesto que una palabra profética pronunciada una sola vez por ella, es á saber, que todas las generaciones la dirían bienaventurada, fué tan eficaz, que se han visto sus efectos hasta en los últimos confines de la tierra y no cesarán de verse hasta la postrer hora del mundo? Porque apenas habia pronunciado aquella expresion, se hizo obedecer en todos los dominios de Dios lo mismo que si hubiera sido un rayo. Yo la llamo palabra profética con los mas insignes santos y doctores, que la recibieron como tal. De ese número son S. Basilio (1), S. Cirilo (2), S. Epifanio (3), y entre otros muchos merece ser oido S. Hdefonso. «Escuchad, os ruego (dice este santo), á la madre y á la profetisa de Dios: mejor diré, escuchad á la evangelista. Escuchad vosotras, virgenes, y no haya mujer de cualquiera clase ó condición que no oiga la singular humildad de la Virgen; y no me creais si no veis palpablemente que ha acontecido punto por punto todo cuanto el espíritu de verdad predijo por ella. Dijo que todas las generaciones la llamarían bienaventurada y lo dijo en un tiempo en que era conocida de muy pocas personas y tan solamente en la Judea; pero lo dijo con grandísima confianza y como estando muy cierta de lo que habia de suceder. Porque ¿no es verdad que todas las regiones alumbradas por el sol lo estan igualmente con el conocimiento del Salvador, y que donde quiera que se habla de Jesús, es tambien nombrada su santa madre? Todas las lenguas y naciones del mundo la llaman bienaventurada; de lo cual hay tantos testi-

(1) In illud Isai. VIII: Accessi ad prophetissam.

(2) Ibid.

(3) Hares. 78

gos como hombres existen sobre la tierra (1).» Asi hablaba aquel santo arzobispo de Toledo cerca de mil años hace.

II. Discurriendo S. Bernardo sobre el mismo asunto casi quinientos años despues opinó que todas esas generaciones que debian de llamarla bienaventurada, comprendian cuanto hay en el universo desde el mismo Dios hasta el órden mas infimo de las criaturas insensibles (2). Con efecto es verdad que el Padre eterno la llamó bienaventurada deputando uno de los primeros principes de su corte para traerle la primera embajada del mundo. El Hijo la reconoció por tal tributándole el honor de que ya he hablado y de que hablaré en diversas ocasiones. El Espíritu Santo la honró cuanto es posible buscando con tanto empeño su amistad y declarándola por esposa suya. Los espíritus bienaventurados no podian faltar á este deber sabiendo la voluntad de su señor. «Todas las gerarquias de los ángeles, dice S. Atanasio (3), y las de la iglesia militante te llaman bienaventurada, oh Virgen santa, y todos los comprendidos en ellas te dan mil bendiciones levantando sus manos en alto. Hacen resonar el cielo y la tierra con tus alabanzas diciendo que eres bendita entre las mujeres y que es bendito el fruto de tu vientre. Estas son las aclamaciones del primer coro compuesto de los serafines, querubines y tronos, todos espíritus extraordinariamente inflamados en el amor de Dios é iluminados con su conocimiento, por respeto del cual honran tu sagrado vientre que le llevó, y tus pechos que le criaron. La segunda gerarquía que comprende las dominaciones, las virtudes y las potestades, hace lo mismo segun su poder siguiendo siempre el impulso de la primera. La tercera compuesta de

(1) Serm. 2 de Assumpt.
(2) Sermo 2 in Pentecost

(3) Serm de S. Dets

los principados, de los arcángeles y de los ángeles crea tener una obligación muy particular á honrarte, porque de este cuerpo fué escogido el embajador que te llevó la credencial, y con él te dicen incesantemente: Dios te salve, María llena de gracia; el Señor es contigo. A imitación suya nosotros tus menores siervos acá en la tierra hacemos todo lo posible para pedir tu asistencia y publicar en todas partes que eres la señora y la reina del universo. S. Hdefonso (1) y S. Bernardo (2) añaden que en confirmación de esta verdad el arcángel Gabriel honró tanto á la Virgen, que cualquiera habría dicho que quería adorarla no obstante la majestad con que estos espíritus bienaventurados habían tratado hasta entonces con los hombres, porque habiendo hablado siempre en nombre de Dios no habían tenido reparo de recibir el honor debido á él solo. En fin S. Bernardo concluye su discurso dirigiendo á la Virgen santísima estas palabras: «Es muy cierto, santa señora, reina del cielo y de la tierra, que todas las generaciones te llaman bienaventurada, tanto las del cielo como las de la tierra, y con toda razón porque fuiste la madre de la vida y de la gloria para todos. Por tu medio los ángeles encuentran el motivo de tu regocijo, los justos alcanzan la gloria, y los pecadores esperan el perdón. No sin razón están fijos en tí los ojos de todas las criaturas, porque por tí, en tí y de tí reparó la mano del Omnipotente lo que había criado.» El devoto abad Guerrico sigue á su maestro diciendo que es razonable que esta señora coja las bendiciones que sembró, y pues esto fué en provecho de todas las generaciones, pide el deber que todas se lo paguen desde los espíritus mas elevados hasta las mas ínfimas criaturas (3).

(1) Serm. 2 de Assumpt.
(2) Serm. in Sign. magn.

(3) Serm. 4 de Assumpti.

III. El docto Teodoro tomando otro camino dice (1) que las generaciones de quienes la madre de Dios debe ser llamada bienaventurada por homenaje, son todas las naciones de la tierra, las cuales con palabras que no se agotarán jamás en su boca, pregonarán la dicha que ella recibió y la que trajo. Y en efecto no hay region alguna donde no sea conocida, ni lengua en que no se hayan cantado y se canten aun hoy sus alabanzas. Asi es que ha tenido en todas las partes del mundo excelentes panegiristas, que han extendido su nombre y su fama entre los pueblos. S. Juvenal, S. Timoteo, Crisippo y Hesiquio, presbíteros de Jerusalem, publicaron sus grandezas en la Palestina, S. Juan Crisóstomo en la Siria, S. Andrés Candiota en Creta, S. Gregorio Taumaturgo en el Ponto en Asia, el bienaventurado mártir Metodio en la Siria y la Fenicia, S. Cirilo de Alejandria en Egipto, S. Agustín y S. Fulgencio en Africa, S. Proclo y S. German en Constantinopla, S. Buenaventura y San Bernardino en Italia, S. Lorenzo Justiniano en el estado de Venecia, S. Gerónimo en Istria, S. Bernardo en Francia, S. Hdefonso en España, S. Anselmo en Inglaterra, S. Alberto y Rupertó en Alemania, S. Francisco Javier en el Japon, Mateo Ricci en la China y otros muchos que no nombro por abreviar, en otros diversos reinos y provincias donde es reconocida la madre de Dios, porque sus dominios en la tierra se extienden á todas las regiones que alumbrá el sol.

IV. Teofilacto, arzobispo de los búlgaros, juzga (2) que estas generaciones deben de entenderse de toda la sucesión de hombres que han de seguirse de padres á hijos hasta la consumación de los siglos. Muchos autores hacen ver cómo desde que salió de la boca de la ma-

(1) In cap. VI Cantie. ad illa (2) In cap. I Luc. : Maldonat. verba: Una est columba etc. ibid.

dre de Dios esta palabra profética, no han faltado en ninguna edad personas eminentes en doctrina, santidad y mérito que hayan puesto su conato en extender su fama. Y como vemos que por una particularísima merced de Dios resplandece en nuestros días mas que en ninguno de los siglos precedentes, debemos de esperar que cuanto mas se acerque el mundo á su fin, mas en aumento irá la gloria de la Virgen santísima. En los discursos siguientes lo haré ver con mas extension.

V. Sin embargo me parece que no basta decir que todas las generaciones la han llamado, la llaman y la llamarán bienaventurada, porque no hay nada absolutamente en ella que no haya merecido su bendicion y alabanza particular. Su vientre fué beatificado por haber concebido y llevado el fruto de vida, y sus pechos al mismo tiempo por haber criado al Salvador. Su cabeza es coronada de doce estrellas; sus ojos de paloma, sus cabellos, sus mejillas, sus dientes, su cuello fueron hace mucho tiempo elogiados singularmente por el sabio Salomon. En una palabra todo desde los pies hasta la cabeza ha sido alabado. ¿Y qué será de las facultades de su alma, de su entendimiento, que es el verdadero santuario de Dios, de su voluntad, que es el único altar de los perfumes, de su memoria, cuyas imágenes son todas como otros tantos mecheros del gran candelero de oro encendidos siempre en la presencia de Dios? Su dicha no se queda en ella, sino que ha de pasar á todos los que le pertenecen. Así bienaventurados los padres que la engendraron; bienaventurado el vientre que la llevó; bienaventurados los pechos que mamó; bienaventurados los brazos que la sostuvieron; bienaventurados los que la sirvieron y la vieron; bienaventurados los paños que la cubrieron; bienaventurado todo lo que tuvo contacto con ella; bienaventurada la tierra que la sostuvo; bienaventurados aquellos á quienes ella mira con particular

afecto; bienaventurados los lugares que ha escogido para ser venerada; bienaventurados todos los que la digan bienaventurada, porque ellos tendrán parte en su bienaventuranza.

VI. Quizá sería esto bastante para mostrar que todas las generaciones la llamarán bienaventurada; no obstante quiero extenderme algo mas para consuelo del lector y entrando en mas particularidades hacer que toque con el dedo la indudable verdad del oráculo profético emanado de la bendita boca de la madre de Dios.

§. II. — Que fué reconocida y llamada bienaventurada por los oráculos de la gentilidad.

I. Mucho tiempo hace observó Clemente Alejandrino (1) que Dios como padre comun de todos los hombres no ha dejado jamás de manifestarles en medio de la oscuridad que se causan ellos mismos por su vida desordenada y bestial, algunos rayos de su luz mas que suficientes para llevarlos al conocimiento de la verdad, y que en todas las edades ha suscitado personas que les han servido de antorchas para encaminarlos al puerto de salvacion. Con efecto sin hablar de los judios, á quienes trató como á su pueblo escogido, los gentiles, aunque rodeados de tinieblas por todas partes, tuvieron sus luces particulares para conducirse por el camino recto de la virtud y la piedad. Me fijo ahora en las sibilas especialmente, porque los doctores de la iglesia se han valido admirablemente de las predicciones de ellas en beneficio de la religion cristiana. Y no podemos negar (2) que fué particular providencia de Dios que los gentiles guarda-

(1) Stromat., lib. 6.

l. 4 : S. Aug., De civit. Dei, l. 18.

(2) Lactant., Divin. institut., c. 23 y otros muchos.

sen con tanto cuidado unos libros, de que debíamos de sacar armas para impugnarlos; y entre otros el emperador Augusto, príncipe muy instruido, que habiendo mandado fuesen revistos y examinados diligentemente por los hombres mas hábiles los metió en dos arcas doradas y los colocó debajo de la estatua de Apolo Palatino. Bien sé la disputa que háy entre los autores respecto del número de estas profetisas de la gentilidad, y no quiero meterme á ventilarla: seguiré el camino mas trillado y me uniré á los que cuentan hasta doce. Todas vivieron antes del nacimiento del Salvador, y algunas fueron anteriores á él cerca de dos mil años: asi es maravilla que explicasen tan claramente los misterios relativos á nuestro Señor Jesucristo y á su madre. Para que mis lectores tengan el gusto de oirlas en nuestro idioma, voy á copiar sus oráculos empezando por la Sibila pérsica, hija de Beroso, la cual en tiempo del rey Ciro iba de ordinario vestida de una túnica de tela de oro y llevaba un velo blanco en la cabeza. Esta habla así de la madre de Dios:

«El primogénito del Omnipotente y de la Virgen madre entrará en su ciudad montado en un pollino llevando la realidad y el nombre de un príncipe manso para traer el hijo pródigo á su padre.»

La líbica, de quien dicen Eurípides y Teognis, poetas antiquísimos, que siempre se la veía con un sombrero de flores en la cabeza, se expresa así:

«Aquel que solo vivía antes de todo tiempo en sí, contemplando con satisfacción su esencia fecunda, descansa en el seno de la reina del mundo. Adora, ángel, á tu Dios: venera, hombre, á tu rey.»

La délfica, que profetizaba antes del saqueo de la ciudad de Troya y servía de trujaman al oráculo délfico, dice que

«Dios endurecerá su brazo y extenderá su mano

queriendo violentar las leyes de la naturaleza, y una Virgen parirá sin abrir su élaustro como habia concebido sin conocer varon.»

La cimera, que tomó este nombre de una ciudad próxima á Cumas en Italia, discurría de este modo:

«El príncipe soberano del dichoso imperio, descansando en el seno de la Virgen sin par, hace parecer en el aire una estrella brillante que atrae á los reyes magos del Oriente.»

La samiota ó de Samotracia, doncella de singular hermosura, que algunos creen haber sido la tan célebre Pitonisa, de quien hablan Nicanor en la narracion de las hazañas de Alejandro Magno y Eratóstenes en los antiguos anales de los samiotas, dice lo siguiente:

«Parecerá en el cielo una estrella brillante, la cual hará ver á los hombres el que siendo Dios se hizo lo que somos nosotros, y hará que sean adorados la madre y el hijo.»

La de Cumas llamada Amaltea ó Deifobe por su padre Deifobo, hijo de Glauco, que pronunciaba sus oráculos en Italia, escribe de esta suerte:

«Dios para tomar la vestidura de los hombres se hospedará en el seno de una virgen, que es la casta entre las hermosas y la hermosa entre las castas, porque es el compendio de la obra de sus manos.»

La hespéontica ó troyana, de quien se sirvió con mucha frecuencia el antiguo filósofo Heráclito, cantaba así:

«Nada hay comparable á lo que he visto: una virgen mas pura despues del parto, y el que nace eternamente de Dios naciendo niño en un pobre establo.»

La frigia, que lo mas del tiempo andaba con la cabellera suelta y vestida de púrpura y que se cree ser aquella Casandra que predijo al viejo Anquises todas sus aventuras y la ruina de Troya, decía:

«En medio de las estaciones y en el corazón de los años quiso Dios que bajase su hijo al mundo y que naciendo segun habia predicho el ángel, lavase las añejas manchas de los mortales.»

La de Europa, muy agraciada tambien de rostro y siempre vestida de brocatel, dejó escrito lo siguiente en sus memorias:

«El santo Verbo de Dios, imágen del Eterno, bajará dando brinco a los sagrados montes, como se ve en la primavera retozar á los cabritillos, para reparar su primera obra.»

La tiburtina ó de Tivoli, cuya estatua se encontró á la orilla del rio con un libro en la mano, pronunció el oráculo siguiente:

«Dios que no puede mentir, me pone estos versos en la boca y me hace anunciar el parto de una virgen, la cual concibiendo en Nazareth al mismo Dios pare no lejos de Betlehem y queda virgen y madre. Mil veces dichosa la doncella que toca, que besa y que da de mamar á un niño tan divino.»

La agripina, de quien tenemos menos conocimiento que de las otras así con respecto á su patria como en cuanto al lugar en que pronunció sus oráculos, profetizaba en estos términos:

«Aprended, hijos de Adam, la maravilla de los siglos: vereis en vuestros dias debajo de la vestidura mortal al amado de Dios, al principio inmortal naciendo de una virgen que no ha tenido jamás igual.»

La babilónica, llamada tambien critrea y muy famosa asi por la claridad de sus oráculos como por la integridad de su vida, habló tan claramente del Salvador y de su santa madre, que casi se la podria tener por una evangelista mas bien que por una profetisa. Oigamos lo que dice:

«Tengo mi alma tocada de un impulso divino

viendo templarse el aire y de lo mas alto de los cielos bajar el Verbo glorioso del Padre al seno de la Virgen escogida.»

II. A estos oráculos sublimes podemos añadir algun otro, que Dios, padre de la verdad, sacó de la boca del padre de la mentira. El año del mundo tres mil menos dos como los argonautas hubiesen ganado la ciudad de Cízico en el Helesponto, preguntaron al oráculo délfico de qué manera agradecerian aquella victoria; y el demonio que habia tomado el nombre de Apolo, fué forzado á darles la respuesta siguiente:

«Escuchad, mortales, este mandato: adorad á un solo Dios que gobierna el mundo y tiene en su mano el cielo y la tierra: apodérese de vuestros corazones un santo temblor. Así como una centella desprendida de la nube atraviesa la region del aire mas veloz que el viento, así bajará á la tierra el primogénito de la Virgen ó hijo de Dios vivo. Yo entiendo que se consagre para siempre el templo y el altar á esta virgen y á su fruto sagrado (La conoceréis por el nombre de Maria, porque no se agotará jamás la fuente de sus dones).»

III. Es verdad que como nunca fallaron ardides á ese antiguo forjador de malicia, al punto discernió el medio de enmendar lo que habia dicho por fuerza en perjuicio suyo, porque les sugirió que aquello debia de entenderse de la gran madre de los dioses (asi la llamaban los infelices ciegos sectarios de la idolatria); y esto fué causa de que le dedicaran un templo soberbio. Pero el emperador Zenon, no pudiendo consentir se hiciese por mas tiempo este agravio á la madre del único y verdadero Dios, echó de allí á los demonios con sus efigies é idolos por los años de 474 é hizo consagrarle en honor de la inmaculada madre de Jesucristo.

IV. Explicando el docto mártir Protocio su creencia delante del juez Flaviano en una excelente arenca

que le valió la corona del martirio, echó mano de la respuesta que se dió en los tiempos antiguos á Jason, príncipe de los argonautas, cuando preguntó á Apolo delfico á quién dedicaría el famoso templo edificado por él en Atenas. Es la siguiente trasladada con toda fidelidad: «Cuidad de todo lo que pueda convidaros á la honestidad de la virtud. Mi deseo termina en tres: en un solo Dios que reina allá arriba, de quien el Verbo incorruptible concebido en el vientre de una virgen purísima atravesando el mundo como un arco de fuego arrebatará á los hombres para hacer con ellos un presente agradable á su padre. Este templo le pertenecerá, y su madre tendrá por nombre María (1).» Pero la antigua serpiente alucinó con tanta destreza á los pobres atenienses, que escondiéndoseles el verdadero sentido del oráculo dedicaron el templo á Minerva, diosa de la sabiduría, según decían ellos.

V. Atestan los historiadores (2) que Augusto de vuelta en Roma después de terminadas las discordias civiles mandó erigir un altar en el Capitolio con esta inscripción: ALTAR LEVANTADO AL PRIMOGÉNITO DE DIOS, en el mismo lugar en que como juzgan algunos, por las señas de los versos sibilinos había visto en el aire á una doncella con su niño en los brazos. Hoy día los religiosos de S. Francisco tienen allí un hermoso templo dedicado á nuestra señora bajo la advocacion de *Ara caeli* con aquel motivo á lo que se cree. S. Epifanio en la vida de Jeremías, Doroteo en su Sinopsis y otros cuentan que habiéndose refugiado aquel profeta temporalmente entre los sacerdotes de los egipcios por huir del bárbaro furor de Nabucodonosor, les advirtió que llegaría el tiempo

(1) Melaphrast. apud Surium. (2) Baron., Appar. 8 Julii: Bozias en el lug. cit.

en que fuesen destruidos todos sus idolos, y sería cuando una virgen habiendo parido y reclinado á su niño en un pesebre se refugiase en Egipto. Esto lo notaron ellos con tanto cuidado, que conservaron la memoria por medio de una imagen que representaba á una virgen postrada delante de un pesebre, sobre el cual estaba tendido un niño. Mas siendo preguntados por el rey Tolomeo los sucesos poco diligentes de aquellos sacerdotes sobre el significado que tenia dicha figura, no supieron responder otra cosa sino que era una prenda de sus antepasados.

VI. Santo Tomás refiere (1) con otros muchos (2) que en el año 796 (los demás no concuerdan enteramente con esta cronología), imperando Constantino VI y su madre Irene, fué abierto un sepulcro muy antiguo, en el cual se encontró un cadáver (algunos pensaron que era el de Platon) que tenia al cuello una plancha de oro con esta inscripción: Cristo nacerá de una virgen, y yo creo en él, y tú, sol, me verás otra vez en tiempo de Irene y Constantino. Por los años de 1204 de nuestro Señor Jesucristo, siendo romano pontífice Honorio III, emperador de Alemania Federico II y rey de Castilla Don Alfonso VIII, aconteció en las cercanías de la ciudad de Toledo que cavando un judío en una viña encontró en el hueco de una peña un libro antiguo, cuyas hojas eran de corteza de árbol y que estaba escrito en lengua hebrea, griega y latina. En él se hablaba de tres mundos, es decir, de tres edades ó mudanzas del mundo. En el principio del tercero se leían estas palabras: «En el tercer mundo el hijo de Dios nacerá de la virgen María y padecerá por salvar á los hombres (3).» Mas adelante hablaré de

(1) Secunda secunda q. 2. chron.: Canis., de B. V., l. 2, c. 7. art. 7 ad 3.

(2) Paul. Diac., l. 43: Sigib. (3) Zonaras y Canis. en el lugar citado: Rod. Sanct., Hist. Hi-
in Chronic.: Genebrard., lib. 3. span., part. 3. c. 40.

nuestra señora de Chartres. Mucho habria que decir sobre este punto; pero lo omito por no cansar al lector.

§. III. — Que fué reconocida y llamada bienaventurada por los judíos y mahometanos.

I. Muy grande debe de ser la fuerza de la verdad, cuando el odio no basta á impedir que pase por la boca de sus enemigos. Esta es la única razon por que apreciamos los testimonios de ellos, y no con otro intento voy á acotar los de algunos judíos posteriores al nacimiento del Salvador, porque en cuanto á los que vivieron en tiempos anteriores, ya se ha tratado en el capítulo III. También presentaré algunos mahometanos que hablaron en términos muy honrosos, no para hacer gala de sus necesidades y delirios, sino solamente para manifestar que no pudieron resistir á la verdad y á su pesar tuvieron que rendirle homenaje. Pedro Galatino, docto escritor y brillante lumbrera del orden de S. Francisco, insta vigorosamente á los judíos (1) por la propia confesion de sus rabinos y los hace confesar que muchos de ellos menos preocupados ó mas perspicaces que los otros hablarón muy ventajosamente de Jesucristo, verdadero y único Mesias, y de su digna madre María, citando entre otros al que por respeto llaman Rabbahu Hacedin, que quiere decir nuestro santo maestro. Este doctor les enseña que antes que fuese criado el mundo, Dios habia previsto el pecado de Adam con la maldicion que debia castigarle; lo cual le hacia vacilar y estar irresoluto sobre si criaria el mundo, cuya pieza principal debia de ser el hombre. No obstante su Verbo le hacia vivas instancias, por cuya causa se resolvió al cabo, especialmente por el

pensamiento que tuvo de que seria arrancada una piedra de la cantera sin mano de hombre, es decir, que el Mesias naciera de Israel, el cual era el peñasco escogido, pero por medio de una virgen y no de la manera ordinaria; de suerte que consintió en criar el mundo por amor del Mesias y de su madre. En confirmacion de esto leemos en la profecia de Jeremias: «¿Puede ser invalidado mi pacto con el dia y mi pacto con la noche, de manera que no haya dia ni noche á su tiempo (1)?» En lugar de estas palabras leen los cabalistas hebreos: «Si no hubiese sido el pacto que he concertado voluntariamente; no habria establecido jamás el orden que existe entre el cielo y la tierra, el dia y la noche;» es decir, á juicio de ellos: Si no hubiera sido por el amor de María y de su hijo Jesus; no habria consentido jamás en criar el mundo. Volvamos al rabi Hacedin. Dice, este además que la Virgen santísima es comparada en la sagrada escritura á un armario ó á un aparador; cuya figura sienta que la toma de un pasaje del salmo LXXIX, y añade que con justa razon es comparada la madre del Mesias al aparador ó armario del paraíso; porque así como se pone el aparador en casa de los grandes para colocar los vasos de oro y plata y hacer ostentacion de sus riquezas y magnificencia; de la misma manera la Virgen es el aparador dispuesto por Dios para ostentar su gloria á todos los siglos venideros. El rabi Simeon aplica á la madre de Dios estas palabras del capítulo IV de los Cantares: «Eres toda hermosa, amiga mia, y no hay en ti mancha.» Las memorias de Galatino suministrarán mas particularidades á quien tenga curiosidad de registrarlas: á mi me basta repetir que no es poco que unos hombres poseídos de tanto odio contra nuestro Señor Jesucristo y

(1) De arcánis, lib. 7.º

(1) Jerem. XXXIII, 20.

su santísima madre y que los maldicen muchas veces al día en sus sinagogas segun testimonio de S. Epifanio, no puedan sin embargo oprimir de tal suerte la verdad, que no aparezca en sus propios escritos.

II. Lo mismo digo de los mahometanos, enemigos jurados del nombre cristiano, y cuya impiedad no ha podido prevalecer contra la verdad en términos que su mismo corifeo Mahoma no se haya visto forzado á publicarla en su Alcorán. Vé aquí cómo habla en un lugar del mismo (1): «Dios infundió su propia alma á Maria, la mejor de todas las mujeres, á quien no tocó jamás ningún hombre, y la propuso con su hijo á todas las naciones como una maravilla excelentísima.» En otra parte afirma (2) que ella fue la mas pura y limpia que ha existido jamás sin exceptuar á nadie, como que todas sus intenciones se referian á Dios solo. Otra vez se dirige á ella diciendo (3): «Oh Maria, no hay duda de que Dios te escogió, purificó y sacó de entre las demás para que seas la mas famosa de las mujeres que habrá en todos los siglos.» En otra parte le dice (4) que será llena de honor en este mundo y en el otro. El Acates de este falso profeta è insigne impostor, llamado Ebi Horayra, hombre de gran autoridad entre los mahometanos, asegura haber sabido de su maestro que de todos los hijos de Adam no hay uno sobre quien Satanás no haya puesto la mano, excepto Maria y su hijo, y además que entre los hombres hay muchos perfectos; pero que entre las mujeres no se halló otra mas que Maria madre de Isé (asi llama á nuestro salvador y redentor.) ¿No os parece oír á alguno de esos espiritus réprobos, que metidos en el cuerpo de los posesos son forzados á veces

(1) Azoara 31.

(3) Azoara 8.

(2) Azoara 5.

(4) Azoara 3.

por la virtud de los exorcismos á dar á Dios la gloria debida y testimonio á la verdad?

III. Voy á concluir este discurso con la relacion de una historia memorable que cita el docto Santiago de Valencia, obispo de Crístópolis, escribiendo sobre el versículo cuarto del *Magnificat*. Dice que ocupando el papa Juan XXII la silla de S. Pedro, llegó á la ciudad de Aviñon, donde residian entonces los romanos pontífices, el hijo del rey de Armenia con muy buena intencion, porque no traia otro ánimo que el de ver practicada la religion cristiana en su fuente y disponerse para recibir el santo bautismo. Acompañaba al papa cuando asistia este á los divinos oficios, á los sermones y á otros ejercicios de piedad y devocion; pero desgraciadamente y en mala hora para él se encontró el día de la Concepcion en una iglesia, donde el predicador tratando de aquel misterio se esforzaba con calor á probar que nuestra señora habia sido concebida en pecado. Este discurso ofendió de tal suerte al principe de Armenia, que sin esperar el fin salió colérico de la iglesia y desde luego ordenó su viaje; y como el papa pasase á su palacio despues de los divinos oficios, él todo escandalizado no pudo contenerse y dijo al padre santo que extrañaba cómo el romano pontífice y los cardenales que estaban á su lado, habian podido sufrir, siendo los príncipes de la iglesia y las columnas de la religion, que se pronunciara en su presencia semejante discurso, porque era muy cierto que si entre ellos con ser mahometanos se hubiera atrevido alguno á hablar de esa manera de nuestra señora y aun de la madre de Mahoma, no se hubiese librado de ser apedreado. Por donde podemos aprender el eminente lugar que la madre de Dios ocupa hasta entre aquellos bárbaros sectarios.

S. J. Villan. 1.º 1.º 1.º (1)

V. L. X. 1.º 1.º (1)

V. B. J. 1.º 1.º 1.º (1)

V. L. X. 1.º 1.º 1.º (1)

§. IV.—Que fué reconocida y honrada por los magnates del mundo.

I. Hace mas de dos mil seiscientos años que lo habia profetizado el rey David diciendo: «Todos los ricos del pueblo correrán tras tí y desearán verte (1).» Así entendieron éste lugar S. Atanasio (2), S. Juan Damasceno (3), S. Andrés de Creta (4) y otros muchos y lo que es mas la iglesia universal que le aplica á la Virgen santísima en el introito de la misa de la vigilia de la Asuncion. Y si la verdadera grandeza es la que nos acerca mas á Dios, primer principio y último fin de toda grandeza; tengo justo motivo para dar el primer lugar á los santos y á los amigos de Dios, como á los únicos que encontraron la verdadera grandeza. No obstante porque necesitaria yo hacer un catálogo de todos los santos, pues todos ellos fueron devotísimos de la sacratísima Virgen, hablaré de los grandes á juicio del mundo, reservándome el proponer los primeros en los tratados siguientes, donde se me ofrecerá ocasion á cada paso.

Los Papas devotos de la madre de Dios.

II. La razon pide que comencemos por los Papas, lugartenientes de Dios en la tierra, porque todos los grandes del mundo les conceden el lugar preeminente. Sin embargo, no pienso alargarme mucho en sus elogios por no detenerme demasiado. Su singular devocion á la madre de Dios se ha manifestado en muchas ocasiones y especialmente en levantar ó reedificar buen número de templos en honor de ella. Dejando aparte á S. Sixto, de

(1) Salmo XLIV.

(2) Sermo de S. Delpara.

(3) Orat. 1 de nativ. Virg.

(4) Orat. 2 de dormit. B. V.

quien diré dos palabras en el párrafo siguiente, la iglesia de nuestra señora al otro lado del Tiber es una muestra de la liberalidad y devocion de S. Calixto así como de la de Gregorio III, que la reparó cuando amenazaba ruina. Santa María del Alma es un testimonio de la piedad de Adriano VI; santa María del Pórtico de la de Gregorio VII; santa María de la Escuela griega de la de S. Dionisio; santa María de la Barquilla de Pascasio I; santa María la nueva de Juan VII; santa María del Lago de S. Silvestre; santa María de Aquiro de Anastasio; santa María del Campo santo en el valle del Vaticano de Leon IV; santa María de la Paz de Sixto IV; y lo mismo de algunas otras. El zelo del papa S. Celestino I llevó al último punto la condenacion del impio Nestorio, de quien se hablará en otro lugar (1), y no cesó hasta que hubo degradado al heresiarca y restablecido á la madre de Dios en el pacifico goce de todos sus títulos. Dios hizo ver cuán agradable le era la devocion de S. Gregorio Magno á su santa madre, cuando contuvo el brazo de su justicia durante la procesion pública que se celebraba en Roma por pascua de Resurreccion, y además hizo oír la música de los ángeles, como diré mas oportunamente con otro motivo (2). S. Gregorio III manifestó bastante su piedad para con la Virgen ofreciendo una preciosa efigie de oro en la iglesia de nuestra señora del Pesebre. Los singulares sentimientos de Gregorio VII se descubren en sus epístolas, especialmente en las que escribió á la condesa Matilde. Los sermones que tenemos de Inocencio III para las fiestas de la gloriosa Virgen, son otras tantas muestras irrecusables de su singular devocion. San Leon IV á mas de muchos actos memorables que practicó en honra de María, ordenó la octava de la Asuncion

(1) Trat. 3, c. 7, §. 7. (2) Trat. 3, c. 5, §. 3.

de nuestra señora, que la iglesia ha celebrado desde su tiempo. El afecto cordial de Urbano II pareció en la aprobación del oficio de la Virgen, y la de Sixto IV, Paulo V y Gregorio XV en la ampliación de los honores tributados á la inmaculada concepcion. En una palabra de Roma han emanado todas las congregaciones y cofradías origidas en diversos lugares, todas las devociones aprobadas en la iglesia, que en esto como en todo lo demás no podia establecer nada sin la santa sede, primer móvil de toda devocion verdadera. No hay mas que repasar la historia de Loreto y otros santuarios para descubrir las muestras de la piedad de los sumos pontífices con respecto á la reina del cielo. Mas ¿por qué me he de detener aquí, cuando no es tan gran maravilla que hayan sido devotos suyos como lo sería si hubieran podido subsistir sin estar muy particularmenté consagrados á ella?

Los prelados devotos de la madre de Dios.

III. Menos aun me detendré en hablar de los otros prelados de la iglesia, pues ya hemos visto hácia el fin del párrafo primero que por el cuidado y diligéncia de ellos se ha propagado el culto de la madre de Dios por todo el mundo y que la mayor parte han sumoistrado las ricas estofas de las mas exquisitas alabanzas con que engalanamos á la reina del cielo en todos estos tratados:

Los principes y princessas devotos de la madre de Dios.

IV. Mas digno de admiracion será el afecto filial con que la han honrado los principes y princessas, por cuanto es mas difícil hacer resplandecer la piedad entre las armas y en medio del tráfago mundano que conservarla en el manejo de las cosas santas y divinas; no obstante es maravilla cómo muchos de ellos se hicieron reco-

mendables en este punto. Espero tener mas espacio en otro lugar para proponer las excelentes pruebas de la singular devocion de los emperadores Constantino el grande, Teodosio el jóven, Marciano, Leon, Zenon, Justiniano, Justino II, Mauricio, Heraclio, Carlo Magno, Luis el benigno, Basilio, Leon el sabio, Enrique I, los dos Andrónicos, Mateo Cantacuzeno, Federico III y otros; de los reyes de Francia Clodoveo, Dagoberto, San Luis, Roberto, Carlos V, Luis XI, Carlos VIII, Francisco I, Carlos IX y Luis XIII; de los reyes de España Alfonso II, Jaime el Conquistador, los dos Felipes II y III; de los reyes de Inglaterra S. Eduardo y Guillermo llamado el Conquistador; de los reyes de Portugal Juan I, Alfonso I, Fernando I y Alfonso V; de Boleslao V y Uladislao V, reyes de Polonia; de S. Esteban, rey de Hungría, y otros; de las emperatrices santa Elena, santa Pulqueria, Eudoxia la jóven y santa Cunegunda; de las reinas santa Batilde de Francia, santa Margarita, santa Isabel de Hungría, santa Isabel de Portugal, Juana, princesa y regente del mismo reino, Margarita de Austria, reina de España, y muchedumbre de otros principes y princessas de igual ó menos calidad que estos, cuyas almas viven en el cielo, así como sus nombres son esclarecidos en la tierra. A cada paso hallaremos sus proezas: por ahora basta con estas indicaciones.

§. V. — Que fué reconocida y honrada por todas las naciones y en todas las partes del mundo.

I. San German, patriarca de Constantinopla, se alegra de esto con todo su corazon cuando habla así á la virgen Maria: «Bendita seas de todas las generaciones y benditas sean en tí todas las naciones de la tierra, porque no hay un lugar en el mundo donde no se pregonen tus gracias, ni region alguna donde tu bondad no haya producido